

Lidera

LA NIÑA
DEL CLIMA

Vicente Muñoz Puelles

Lidera

Aglutina títulos con temáticas diversas, alineadas con los diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible impulsados por la Organización de Naciones Unidas para mejorar la vida de las personas y la salud del planeta.



1
FIN
DE LA POBREZA



2
HAMBRE
CERO



3
SALUD
Y BIENESTAR



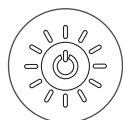
4
EDUCACIÓN
DE CALIDAD



5
IGUALDAD
DE GÉNERO



6
AGUA LIMPIA
Y SANEAMIENTO



7
ENERGÍA ASEQUIBLE
Y NO CONTAMINANTE



8
TRABAJO DECENTE
Y CRECIMIENTO
ECONÓMICO



9
INDUSTRIA,
INNOVACIÓN E
INFRAESTRUCTURA



10
REDUCCIÓN DE LAS
DESIGUALDADES



11
CIUDADES Y
COMUNIDADES
SOSTENIBLES



12
PRODUCCIÓN
Y CONSUMO
RESPONSABLES



13
ACCIÓN
POR EL CLIMA



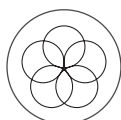
14
VIDA
SUBMARINA



15
VIDA
DE ECOSISTEMAS
TERRESTRES



16
PAZ, JUSTICIA
E INSTITUCIONES
SÓLIDAS



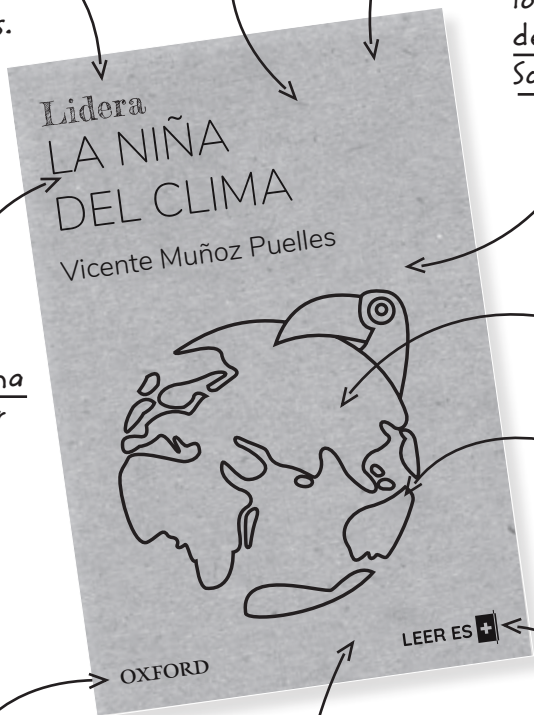
17
ALIANZAS PARA
LOGRAR
LOS OBJETIVOS

Hacemos tiradas limitadas para reducir el gasto de papel.

Impreso en papel reciclado 100%.

Logotipo sin isotipo, para no usar tinta ni espacio innecesarios.

Correspondencia temática con los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible.



Solo usamos una tinta.

Tipografía fina para imprimir la mínima cantidad de tinta.

Tinta negra, una de las menos contaminantes.

Usamos tintas vegetales y barnices con base de agua para provocar un bajo impacto ecológico.

Cúidalo, y después de leerlo, préstalo, guárdalo, regálalo, dónalo.

Tamaño de bolsillo para un transporte sostenible.

Algunas personas hablan con los animales, pero muy pocas les escuchan. Ese es el problema.

A.A. MILNE. *Winnie-the-Pooh*

—Ahora el asunto está en vuestras manos —le dijo Bagheera a Mowgli.

Rudyard KIPLING. *El libro de la selva*

Si las abejas desapareciesen de la superficie de la Tierra, al hombre solo le quedarían cuatro años de vida.

Atribuido a Albert EINSTEIN

Nuestra casa está ardiendo.

Greta THUNBERG. *Discurso en Davos*



MIENTRAS LEES

Esta no es una historia de los verdaderos comienzos, cuando todos los animales empezaron a agitarse y a andar. Ni siquiera es una historia de los tiempos remotos, cuando nuestros antepasados se irguieron, aprendieron a usar herramientas y se pusieron a balbucear y a hablar unos con otros.

Es una historia de ahora mismo. Se inició hace muy poco, apenas dos siglos, cuando las ciudades comenzaron a crecer a costa de los bosques y las selvas, y la contaminación empezó a ensuciar los cielos y los océanos.

Es también la historia de Greta, la niña que decidió no ir a clase para luchar contra el cambio climático, y la de los animales del Amazonas y del resto del mundo, que decidieron unirse para defender su tierra, su agua y sus costumbres.

Toma aire y pon mucha atención, porque también es nuestra historia, la tuya y la mía. Está sucediendo mientras la lees, y aún puedes ayudar a cambiarla.



I

EN UN RINCÓN DEL AMAZONAS

En una playa arenosa, a orillas del caudaloso río Amazonas, conversaban no hace mucho tiempo un tapir de lomo gris y una guacamaya de alas tricolores: rojas, amarillas y azules. El tapir tenía las patas sumergidas en el agua hasta el codillo, y la guacamaya se apoyaba en una rama, donde, a ratos, se afilaba el pico.

Era temprano. A la sombra se respiraba un relativo frescor. Por todas partes se oían los variados cantos de los pájaros, que podían sonar como un trino alegre o como el ladrido agudo de un perro.

—¡Raaak, raaak! ¡Es una situación insostenible! —graznó Justina, la guacamaya—. ¡Esa gente...!

—Di mejor *esos humanos* —le interrumpió Duarte, el tapir, que se creía perfecto y tenía la antipática costumbre de corregir a los demás animales, con razón o sin ella.

—Esa gente —repitió la guacamaya, sin hacerle caso— está tando y destruyendo nuestra selva. A ti, que vas a cuatro patas, te costará más darte cuenta, pero yo, cuando vuelo sobre los árboles, solo veo claros del tamaño de aldeas. Cuando era joven...

—¡Cuando eras joven! —volvió a interrumpirle el tapir, con su voz nasal—. ¡Siempre dices lo mismo! ¿Sabes, al menos, cuántos años tienes?

—Cumplí los cien hace muy poco —respondió la guacamaya, coqueta—. Y tú —preguntó, estirando el cuello—, ¿cuántos tienes tú?

—Catorce años, dos meses y... cinco días —contestó el tapir como si paladeara las palabras, orgulloso de su precisión.

—Para mí, es como si acabaras de nacer —suspiró Justina, y se encogió de hombros o, mejor dicho, de alas—. Cuando yo era joven —repitió—, podía volar desde este mismo recodo del Amazonas hasta el río Negro, sin encontrar un solo hueco en la espesura. Un viejo árbol caía lentamente por su propio peso, se descomponía y ya estaba creciendo otro en su lugar. Ahora hay verdaderos desiertos en medio de la selva, yermos como la luna.

—¿Y a mí me lo cuentas? —protestó el tapir—. Me paso la vida recorriendo las orillas en busca de plantas acuáticas, y la situación me afecta tanto como a ti. Hasta el río, con lo caudaloso que es, está cada vez más sucio y arrastra más basura y restos de madera. De pronto, se oyó la voz inconfundible de Stefano, el perezoso de tres dedos.

—¡Qué razón tenéis! Cada vez me resulta más difícil encontrar un árbol para subirme, y en tierra *coorro* muchos peligros.

Hablaba despacio, y de vez en cuando, alargaba una sílaba, como si tartamudeara.

Pero el propio perezoso estaba fuera de la vista, o, al menos, ni la guacamaya ni el tapir llegaban a distinguirlo.

—Lo huelo, pero no lo veo —dijo Duarte, agitando su pequeña trompa movediza.

Justina se colgó cabeza abajo, como un murciélago, y se quedó mirando unas ramas frondosas.

—¡Ah, estás ahí! —exclamó, al cabo de un rato.

Y es que la piel de Stefano, el perezoso, tenía un color verdoso, como si estuviese cubierta de algas, y sus movimientos eran tan lentos que costaba apreciarlos.

—Llegaste pronto —observó el tapir, burlón—. Estamos acostumbrados a que seas el último.

—Podéis creerme o no —replicó Stefano—, pero los otros *perezosos* me consideran rápido.

Tenía la cara blanca, como si se hubiera maquillado con polvos de arroz, una sonrisa permanente y tres uñas curvas y afiladas.

—Estoy aquí desde el sábado pasado —explicó—. Me daba tanta *pereeeza* ir y venir con este calor, que decidí quedarme toda la semana en el mismo árbol.

—¿De veras has estado aquí todo este tiempo? —preguntó el tapir, incrédulo.

—Pues *claaaro*.

—¿Y no te aburres?

El perezoso no se molestó en contestar. ¿Cómo iba a aburrirse si incluso en la copa de un árbol había tanto que ver y que apreciar, si uno se movía lo suficientemente despacio? En cualquier rama uno podía toparse, por ejemplo, con una columna de hormigas hilanderas, tejiendo cucuruchos de hojas para sus larvas, o con un enjambre de abejas alfareras, construyendo nidos de papel blanco.

El tapir retrocedió unos pasos y se sumergió del todo para refrescarse. Mientras, Justina cambió de rama para estar más cerca del perezoso y le animó a seguir avanzando.

Cada sábado, Justina, la guacamaya; Duarte, el tapir; y Stefano, el perezoso se reunían con otros animales en aquel recodo del río, para intercambiar noticias sobre el clima, que cada día era más caluroso e imprevisible, y sobre la selva, que cada vez se volvía más frágil y vulnerable.

Todos ellos formaban el Consejo Animal de la Región Amazónica, una institución compuesta exclusivamente por animales que, como los consejos de otras regiones, dependía administrativamente de la Organización Internacional de Animales Unidos. La sede central de esta organización se encontraba, desde hacía mucho tiempo, en un bosque protegido de Nueva Zelanda,

a más de doce mil kilómetros de allí. O, al menos, eso decían los más sabios.

Los miembros del Consejo Amazónico eran elegidos cada cuatro años, por votación de los animales de la región, entre los individuos más capacitados o representativos. Como en la Amazonia abundan más los guacamayos que los tapires, Justina era la presidenta del consejo, y Duarte, el voluntarioso vicepresidente.

Ambos solían llegar pronto a las reuniones, para dar ejemplo de puntualidad. Justina vivía lejos, cerca de la populosa ciudad de Brasilia, pero era la más veloz a la hora de desplazarse, y Duarte rara vez se apartaba de las resbaladizas orillas.

El sol ya estaba muy alto. Era como una gran bola de color rojo, que se reflejaba en el espejo de las aguas. El calor había hecho callar a los pájaros, y solo se oía el zumbido de los insectos.

Unos chillidos penetrantes rompieron la calma del entorno. Procedían de un árbol distante, y subían y bajaban continuamente de tono.

—¡Juá, juá, juaá!

—Ahí llega Lidio, y con él, Valente —susurró el tapir con cierto temblor en la voz, al tiempo que husmeaba el aire.

Justina se agachó un poco, como si quisiera pasar desapercibida, y Duarte se escudó tras un matorral.

Valente, el jaguar, se acercaba con pasos sigilosos, procurando no hacer ruido al pisar la seca hojarasca.

Aunque era un antiguo miembro del consejo, y siempre se comportaba con valor y nobleza, los demás desconfiaban de su carácter imprevisible. Al fin y al cabo, era un jaguar de dientes afilados y poderosas garras. Y los encuentros con un jaguar siempre son peligrosos, sobre todo, al principio.

Por eso, Lidio, el mono araña, se encargaba de permanecer vigilante en las alturas, y de anunciar la presencia de Valente tan pronto lo avistaba.

Una vez descubierto, el jaguar perdía su animosidad, y comprendía que no había salido de cacería sino para reunirse con sus compañeros del consejo.

Así sucedió también en aquella ocasión. Lidio, el mono araña, saltó ágilmente de un árbol a otro, sirviéndose de unas lianas floridas, y fue aproximándose a los demás sin perderlo de vista. Poco después, el jaguar apareció con naturalidad, y hasta les dedicó un rugido, que pretendía ser amistoso.

—¡Grrr, aarg!

—¡Aaay, aaay! —respondió Stefano, el perezoso.

No era que le doliese algo, sino que su salud sonaba así, como si acabara de caerse de una rama alta.

—¡Ich, ich! —berreó el tapir, mientras asomaba desde detrás del matorral.

Valente se acostó a descansar bajo el árbol, con los ojos medio entornados.

—¡Consejeros, compañeros, amigos! —graznó Justina, la guacamaya, que tenía vocación de oradora.

Casi al mismo tiempo, como si hubieran estado esperando aquel instante para presentarse, sonaron unos ruidosos chapoteos. Una legión de mariposas azules, que descansaban en la orilla con las alas plegadas, emprendió el vuelo, y dos criaturas muy voluminosas y relucientes emergieron del agua y se deslizaron hasta la playa, donde quedaron varadas.

—¡Yo llegué primero! —proclamó Elinor, la musculosa anaconda de escamas verdes, y retorció su cuerpo varias veces, formando nudos y curvas, antes de estirarse.

En la orilla, a su lado, Evandro, el delfín rosado de frente abombada, dejó ver una boca también rosada y unos dientes puntiagudos.

—¡Ya podrías llegar antes, teniendo un cuello tan largo!

—protestó, con un pronunciado gangueo—. ¿Qué digo? Toda tú egues un cuello larguísimo.

—Te ha faltado ímpetu —replicó Elinor, la anaconda—. Si hubieras dado unos cuantos saltos, como tú sabes darlos, me habrías alcanzado.

—No podía *saltag* —contestó Evandro—. Aquí hay muchos bancos de arena, y no *queguía* quedarme embarrancado. Además, cada día hay más tráfico en el río. Esos malditos motores me desconciertan con sus ruidos, y el *olog* a gasolina me impide orientarme.

—¡Amigos, amigos! —graznó Justina, conciliadora—. No discutamos. ¿Se solucionan así nuestros problemas? —Su mirada fue de uno a otro—. Hoy me gustaría comentar con vosotros algo que viene sucediendo desde hace tiempo.

—¡Juá, juá! Espero que nadie haya vuelto a extraviarse en la selva —dijo Lidio, el mono araña.

—No, no —se apresuró Justina a tranquilizarlo—. Esa gente, los humanos, lo ha trastocado todo. No dudo de que sean inteligentes, a su modo. Son grandes inventores, y cada día nos sorprenden con sus artilugios tecnológicos. Pero es evidente que no podemos confiar realmente en ellos. No saben renunciar a sus caprichos, carecen de límites y de escrúpulos. Y nosotros, los animales, tenemos nuestra parte de culpa, por haberles dejado llegar tan lejos. Pero ¿cómo íbamos a oponernos, si tenían tanto poder y siempre parecían saber lo que nos convenía? «No temáis. Nosotros somos los más interesados en proteger la selva», nos decían. Cuando yo era muy joven...

—¡Oh, no! ¡Otra vez, no! —bromeó el tapir.

—Cuando yo era muy joven —insistió Justina—, los hombres blancos descubrieron que los indios de la selva conocían el secreto de extraer el caucho de algunos árboles. Hacían un corte, y enseguida aparecía un líquido blanco como la leche, que se endurecía y oscurecía, poco a poco, en contacto con el aire. Ese

caucho servía para hacer recipientes, zapatos de goma, pelotas, neumáticos... Los hombres blancos expulsaron a los indios de sus tierras o los convirtieron en esclavos. Vino gente desde países muy lejanos, y en la selva se construyeron ciudades enormes, y hasta palacios y teatros de ópera.

Uno tras otro, los miembros del consejo confesaron que apenas sabían nada de aquella época.

—Vosotros no podéis acordaros porque erais demasiado jóvenes o no habíais nacido —explicó Justina, la guacamaya—, pero, por entonces, yo ya había aprendido a volar. Cuando se acabó el negocio del caucho empezó el del café. Grandes extensiones de árboles antiquísimos, que crecían aquí desde el principio de los tiempos, fueron taladas para convertirlas en cafetales.

—¡Ah, el aroma del café caliente...! —dijo extáticamente Lidio, el mono araña—. ¡Cómo me gustaría tomarme ahora mismo una buena taza!

—Vino luego la ganadería —siguió Justina, imparable—, y las grandes extensiones de árboles se convirtieron en pastos.

—No tengo nada contra las vacas —gruñó el jaguar, con voz ronca—, salvo que tienen poco carácter, como todos los animales domésticos. ¿Podéis imaginarnos a nosotros, los jaguares, yendo en rebaño con una campanilla al cuello?

Lo imaginaron, pero no se atrevieron a manifestar su regocijo, por si Valente se enfadaba.

—Siempre consideré que eso de destruir la selva para alimentar a las vacas era una tontería —comentó el tapir, que se creía obligado a opinar.

—A continuación, porque los hombres blancos siempre quieren algo más —siguió Justina—, empezó el negocio de las maderas tropicales y raras. Se derribaron los árboles más valiosos, que habían tardado mucho en crecer, para hacer muebles en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica. Y se abrieron carreteras

muy largas y anchas, para transportar los troncos. ¡Ay, cuántos animales fueron atropellados en esas carreteras, o cazados por diversión, o para alimentar a los constructores! Luego, les dio por cultivar el aceite de palma y la soja. ¡Y nosotros, por comodidad o por ignorancia, les dejamos hacer! ¡A esa gente!

Indignado, el jaguar dio un coletazo en el suelo. Un escarabajo tornasolado, que se había acercado a escuchar, recibió el impacto y se alejó aturdido.

Y es que los insectos llevan siempre las de perder, salvo cuando son muchos o van armados con aguijones.

—La tierra —prosiguió su narración la guacamaya— perdió sus nutrientes, se desertizó. Cuando los cultivos se volvieron inservibles y los humanos los abandonaron, los árboles no recuperaron el terreno perdido. La selva continuó desapareciendo a ojos vista.

Los animales asintieron. Todos habían crecido y vivido con esa sensación de que la selva, su selva, se encogía de día en día. Y, como afirmaba la guacamaya, nada habían hecho para impedirlo.

—Podéis creerme o no —empezó a contar Stefano, el perezoso—, pero una *mañaaana* estaba en un árbol gigante, ramoneando tranquilamente, cuando sonó un ruido *teeerrrible* y empecé a sentir que el árbol entero era sacudido con fuerza. ¡Miré hacia abajo, y descubrí que lo estaban cortando con una *sieeee-rra* mecánica!

—¡Qué vergüenza! —refunfuñó el jaguar, y dio dos o tres zarrazos en el suelo, porque las sierras mecánicas no le gustaban nada.

—No podía bajar por el *trooonco* —continuó el perezoso—, ni tampoco cambiar de árbol.

—¿Y qué hiciste? —preguntó la anaconda.

—Me dejé caer —contestó Stefano—. Por suerte, el ramaje amortiguó el golpe.

Evocaron la imagen del árbol cayendo y el perezoso intentando salvarse.

—Ahora —prosiguió la guacamaya—, el negocio ha vuelto a cambiar. El gobierno ha dejado que los mineros entren en nuestras reservas naturales, en busca de oro, cobre y esmeraldas. Dicen que la economía del país va mal, y que hay que reducir el déficit. —Volvió a mirar a sus compañeros de uno en uno. Temía que alguno le preguntase qué era eso del déficit, pero todos permanecieron callados—. La triste realidad es que las minas a cielo abierto empobrecen aún más el suelo y ensucian las aguas... Además, los mineros usan mercurio para extraer el oro, y el mercurio lo contamina todo, hasta nuestros cuerpos. La Amazonia es inmensa, y uno puede estar días enteros sobrevolándola, pero tiene sus límites. No se puede esquilmar indefinidamente.

—Es *Amazonía*, con tilde; no *Amazonia* —le corrigió Duarte, el tapir puntilloso.

—Puede *decigse* de ambas maneras —objetó el delfín rosado, que también era aficionado a la gramática.

—El problema —resumió Justina— afecta al mundo entero. Esta selva es la mayor de la Tierra. Los pulmones del mundo, la llaman. Los árboles que nos rodean —frotó el pico contra la rama, como si la acariciase— regulan el ciclo del carbono y nos protegen del calor. Sin ellos, dejaría de llover o llovería mucho menos, y el propio río, que es inmenso y está en el origen de todo, se secaría.

—Lo que no entiendo —dijo Lidio, el mono araña— es por qué los humanos, si saben lo que ocurre, no intentan arreglarlo. ¿O es que no lo saben?

—Claro que lo saben —afirmó la guacamaya—, pero son inconstantes. Unos, los leñadores y los mineros, se dedican simplemente a sobrevivir. Y los otros, los poderosos, están demasiado ocupados con sus negocios y con sus guerras. Y, como viven lejos, no pagan las consecuencias de lo que hacen. O quizá piensen que otros solucionarán los problemas que dejan.

—¡Grrr! —rugió Valente, el jaguar—. Todo esto es hablar por hablar ¿Somos o no somos animales de acción? ¡Tracemos un plan y cumplémoslo!

—¿Alguna idea? —preguntó Justina, la guacamaya.

Lidio, el mono araña, carraspeó para llamar la atención.

—En muchos países —dijo—, y también aquí, hay asociaciones ecologistas que protegen la naturaleza y lo que ellos llaman *la vida salvaje*. Si les convencemos de que la destrucción de la selva amazónica es un problema de todos, como dice la presidenta, quizá nos echen una mano.

—Nada perdemos con probar —sugirió Justina—. Buscaré los datos de esas asociaciones y les escribiré o hablaré con ellas de algún modo, por teléfono o por Skype. ¿Algo más?

—Solo una observación —intervino Evandro, el delfín rosado—. Siempre me *admira* lo bien que te has adaptado al manejo de esos artilugios.

—Todas las aves prensoras tenemos habilidades para la comunicación. Y también los delfines y las ballenas, diría yo. Es más, creo que son los seres humanos quienes se han inspirado en nuestras habilidades para desarrollar algunos de sus inventos, como el radar.

—Se me ocurre que también podríamos pedir ayuda a los consejos animales de otras regiones —propuso Lidio, el mono araña, que se sentía de humor creativo—. O a la mismísima sede central de la Organización Internacional de Animales Unidos, en Nueva Zelanda. Ya es hora de que hagan algo por nosotros.

Justina aseguró que se dirigiría a ellos.

—Convendría consultar a las tribus indias —intervino Elinor, la anaconda—. También los indios deben estar pasándolo mal con todo esto. Compartimos las selvas y los ríos, y tenemos los mismos problemas. Tal vez juntos...

—No digas *tribus indias* —le corrigió el tapir, balanceando la

cabeza en señal de desaprobación—. Ahora ya no se las llama *tribus*, sino *grupos étnicos*. *Tribus* se considera ofensivo.

—Así que el hombre blanco puede acosar a las tribus indias, perseguirlas y abusar de ellas —ironizó Justina, que era muy sensible a las injusticias—, pero hay que hablar de ellas con delicadeza, fingiendo que se las respeta.

—Si quieres utilizar el lenguaje apropiadamente, sí —insistió el tapir—. Y no son indios, sino amerindios.

Elinor, la anaconda, chasqueó la lengua, como si se burlase.

—¡Haachak, haachak!

—Los llamaré como quiera —dijo la guacamaya—. *Amerindios* suena demasiado pedante. Para mí, independientemente de cómo se llamen, los indios de la Amazonia son seres humanos en peligro. Iré a sus poblados y hablaré con ellos.

Como no se les ocurría nada más, acordaron volver a reunirse el sábado siguiente. Luego se separaron —el momento de más calor ya había pasado— y se dirigieron a sus hogares, en el interior de la selva, en otras orillas o más allá, en el estuario que se confundía con el mar, donde vivía Evandro, el delfín rosado.

Únicamente Stefano, que le había tomado gusto a la soledad y se había vuelto demasiado perezoso para viajar, permaneció en la copa del frondoso árbol, que, para él, dada su lentitud, era tan vasto como el mundo.



II

LA NIÑA QUE DECIDIÓ NO IR A CLASE

En aquel recodo del río Amazonas podían ser las dos y media de la noche, circunstancia que, para la mayoría de los animales del lugar, salvo para el meticuloso tapir, que ya dormitaba entre los matorrales, apenas tenía importancia. Pero, en Estocolmo, los relojes marcaban las ocho y media de la mañana del veinte de agosto, y no era lo mismo estar en el aula de noveno grado a esa hora, cuando empezaban las clases, que no estar.

La señora Sjöberg, profesora de Inglés, no necesitaba pasar lista. Le bastó una simple mirada para detectar un asiento vacío en la última fila.

—¡Greta Arrhenius! —llamó a la ausente, y al momento, se dirigió a los demás estudiantes—. ¿Alguien la ha visto?

Desde su asiento, Anna Lindberg volvió la cabeza y buscó a Astrid Brick con la mirada. Anna negó con la cabeza, pero Astrid abrió mucho los ojos, como queriendo darle a entender a su amiga que sabía algo.

Ambas eran las mejores amigas de Greta, y también, en cierto modo, sus protectoras. Las tres tenían la misma edad: quince años. Anna y Greta se conocían desde los tres, cuando el primer día de colegio coincidieron en la puerta del jardín de infancia. Cuando sus madres las dejaron, los demás niños siguieron a las maestras sin rechistar, pero ellas, desconsoladas, se echaron a llorar al mismo tiempo. Se entrevieron con los ojos empañados por las lágrimas, y simpatizaron enseguida. Eso las unió mucho.

Luego, a los ocho años, Astrid ingresó en el mismo colegio, y las tres se volvieron inseparables.

Aquel día, Astrid se había cruzado con Greta en la calle, unos minutos antes de entrar en clase. Greta iba en bicicleta y pedaleaba con determinación, como siempre. Llevaba una blusa de grandes cuadros, una chaqueta de chándal azul y un cartel de madera bajo el brazo, que Astrid no había llegado a leer. Se había quedado tan asombrada que no había podido reaccionar.

No era la primera vez que Greta faltaba a clase, pero sí la primera en mucho tiempo. Astrid le hizo una señal a Anna con la cabeza, dándole a entender que hablarían luego. Por supuesto, no iba a ser ella quien delatara a Greta ante la señora Sjöberg. Y es que, como solía decir la propia Greta, los mayores no eran de total confianza. Y a continuación, siempre añadía: «¿Acaso nos dan a los jóvenes toda la información que necesitamos? ¿No están vigilando siempre lo que leemos y aprendemos?».

—¡Esa niña...! —exclamó la señora Sjöberg—. Empiezo a pensar que no tiene remedio. Abrid *El libro de la selva* por la página cuarenta y nueve, en el capítulo llamado «La caza de Kaa»: «Todo lo que aquí se cuenta ocurrió algún tiempo antes de que Mowgli fuera expulsado de la manada de lobos...». Empieza, Holgersson.

Un niño muy serio, desgarrado y con el pelo rubio como el lino, se levantó y repitió con voz apagada:

—La caza de Kaa. Todo lo que aquí se cuenta ocurrió hace algún tiempo....

—Más alto y claro, Holgersson —le pidió la señora Sjöberg.

—Todo lo que aquí se cuenta...

Mientras la clase comenzaba, Greta se apeaba de su bicicleta, la llevaba de la mano por el suelo empedrado del Riksbron o Puente Nacional y la aparcaba al pie de una escalinata, al amparo del edificio del Parlamento. Dudó entre varios lugares y optó por

sentarse en la escalinata, con el texto del cartel a la vista y su mochila al lado.

Pronto comprobó que había elegido bien. Por el Riksbron pasaba multitud de gente, que iba a sus trabajos en la Ciudad Vieja o en el Parlamento. Leían casi sin querer el cartel, que decía «Huelga escolar por el clima». Luego, sorprendidos, se fijaban en ella y se preguntaban qué hacía allí, si era lunes y a aquella hora debía encontrarse en clase. ¿Se trataba de una broma, de un truco publicitario? ¿O estaría, realmente, haciendo una huelga escolar por el clima?

Los más apresurados la olvidaban en un instante. Otros, los más relajados o curiosos, demoraban el paso y se interrogaban sobre el verdadero estado del clima.

Más tarde, empezaron a llegar los turistas, que acudían a visitar el imponente Palacio Real, los monumentos y las callejuelas de la Ciudad Vieja. Algunos, con la cámara o el móvil en la mano, la fotografiaban distraídamente al pasar. A media mañana, los más decididos, que ya se habían hecho selfis con las estatuas vivientes ubicadas en los alrededores, un Mickey Mouse que a ratos movía las orejas, y un rey sueco con peluca y maquillado con pintura dorada, se atrevieron a preguntarle si también podían fotografiarse con ella.

—De acuerdo, sí —accedió Greta con su media sonrisa—. ¡Todo sea por el clima!

A mediodía, empezó a sentir hambre, porque apenas había desayunado y había olvidado llevar consigo algo de comida.

Un grupo de seguidores de Hare Krishna, vestidos con vivos colores, pasó a su lado, cantando el mantra y bailando con tambores y platillos de mano. Le invitaron a unirse a ellos, pero no les hizo caso e incluso se indignó un poco, pensando en todas aquellas energías desperdiciadas inútilmente.

Y es que, desde hacía mucho tiempo, Greta pensaba que solo la ciencia y el conocimiento científico podían contribuir a la lucha contra el cambio climático, y que solo esa lucha importaba.

Su idea era quedarse allí todas las horas que debía haber pasado en clase, es decir, hasta las tres de la tarde. Ya iba a irse cuando vio a Astrid Brick y a Anna Lindberg, que se le acercaban. Eran muy altas, por lo que en el colegio las llamaban «las dos torres». Se abrazaron en medio del puente, y le entregaron un cucurucho de helado de arce que acababan de comprar en la calle Drottning. Greta tenía el pelo surcado de unas hebras de color miel, y dos trenzas de color castaño. Astrid llevaba una melena lisa y rubia, y Anna era morena, de pelo rizado.

—Hemos recibido tu mensaje a la hora del almuerzo —dijo Anna, y leyó el cartel—. Huelga escolar por el clima. ¡Vaya idea!

—Podías habernos avisado antes —se quejó Astrid cariñosamente.

—Escribí el cartel anoche —dijo Greta, y empezó a mordisquear el helado—, pero aún no estaba segura de venir. No quería contaros nada hasta que ocurriese.

—Sabes que puedes contarnos lo que sea —subrayó Astrid.

—La gente... —empezó Anna—. ¿Te han hecho muchas preguntas?

—No, pero me han tomado muchas fotos. Deben creer que soy Pippi Calzaslargas.

—¿Había muchos japoneses?

—Sí, claro. ¿Cómo ha ido la clase?

—Todos querían saber dónde estabas —respondió Anna, exultante—. Cuando les decíamos que no sabíamos nada, no nos creían.

—No era consciente de ser tan popular.

—Pues lo eres, aunque te pese. Al menos, desde el concurso.

Astrid se refería al concurso escolar de redacción convocado meses antes por el Svenska Dagbladet. Greta lo había ganado, con un trabajo sobre el clima.

Era cierto que el concurso había aumentado su popularidad en el instituto, que el diario había publicado la redacción premiada, y que algunos ecologistas y expertos en cambio climático se habían puesto en contacto con Greta, intrigados por unos conocimientos poco frecuentes a su edad. Pero, tras muchas conversaciones encaminadas a buscar maneras de llamar la atención de sus conciudadanos sobre el problema, no se había conseguido nada. Y ella había vuelto a ser la niña reservada, insegura y obstinada de siempre, que hablaba poco y se sentaba en la última fila de la clase.

—Supongo que mañana vendrás otra vez —dijo Astrid.

—Sabéis que sí. Hoy solo ha sido el primer día.

—¿Querrás que vengamos a hacerte compañía? —se ofreció Anna, voluntariosa.

—Si nos necesitas... —la secundó Astrid.

Pero Greta creía que sus amigas serían mucho más útiles en clase.

—De momento, quedaos —les dijo—. Y acordaos de tomar apuntes, que en algún momento los necesitaré. Además, quizá sea más fácil que me hagan caso si al principio emprendo la huelga yo sola. Y en el colegio también se enfadarán menos. Si vinieseis conmigo, me acusarían de manipularos.

Astrid y Anna estaban de acuerdo. Sabían que Greta era mucho más testaruda que ellas, que tenía más capacidad de concentración para aquellas cosas que verdaderamente le importaban y que se implicaba más en las causas que defendía. Por eso la querían y la admiraban.

Se pusieron a contemplar el panorama del canal, con el sol de cara y los codos apoyados en la barandilla metálica del puente, hasta que Greta decidió que era el momento de volver a casa.

Sus amigas le acariciaron la cabeza en un gesto de afecto, como si fuera una criatura particularmente singular y delicada, y se separaron.

Veinte minutos después, Greta bordeaba con su bicicleta el parque de Humlegården, cuya proximidad siempre le producía una sensación de frescor, y entraba pedaleando en el portalón de una casa de fachada blanca, que hacía esquina. Se apeó y, sin mirar siquiera el ascensor, subió andando los cinco pisos. Su hermana Tilda, que tenía dos años menos, le abrió la puerta del ático con una sonrisa de complicidad.

Greta aspiró el reconfortante olor familiar, una mezcla de fragancia de pino, té verde y colonia de baño, y se quitó las zapatillas deportivas en el vestíbulo.

La madre, una mujer grande y rubia vestida con un caftán blanco, estaba leyendo, tumbada en un sofá del salón, un texto mecanografiado, que podía ser un guion o un libreto de ópera. No en vano, Sara Magdalena era presentadora de televisión y mesosoprano.

—La próxima vez que faltes a clase, avísanos —le dijo a su hija, en un tono tranquilo—. Ya sabes que, cuando llaman del colegio, papá se preocupa.

—Lo siento —se excusó Greta con el mismo tono—. Había algo que tenía que hacer sola. Ahora mismo subo y hablo con él.

Pero, antes de que subiera a la azotea, donde su padre cultivaba flores en un pequeño invernadero de cristal, el propio Olof se presentó en el salón. Era un hombre moreno, de ojos rientes y pelo largo, actor de profesión, que llevaba un pantalón corto y parecía tener bastantes años menos de los que realmente tenía. Aunque en estas cosas, ya se sabe, lo importante es el corazón, y hay gente que a los quince años empieza a comportarse como si tuviera ciento veinte.

—¡Ah, ya me parecía que habías vuelto! —se besaron en las mejillas efusivamente, como si llevaran mucho tiempo sin verse o necesitaran afianzar su relación.

El padre se sentó en el sofá junto a las piernas de su mujer, y Tilda, que quería enterarse de todo, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas

Greta les enseñó el cartel.

—¡Huelga escolar por el clima! —exclamó Olof—. Bonita excusa para hacer novillos.

Pero no había ni una sombra de enfado en su voz.

—He hecho huelga —empezó Greta—, porque es una de las cosas que hacéis las personas mayores, ¿no?, cuando protestáis por algo que no os satisface. En lugar de ir al trabajo, os juntáis en algún sitio, o marcháis por las calles con carteles y pancartas hasta alguna plaza, donde pronunciáis un discurso.

—Tienes razón —concedió Olof—. Yo hice huelga una vez, en el Dramaten, hace muchos años, porque mis compañeros y yo queríamos que nos subieran el sueldo. Ya no recuerdo si nos hicieron caso...

—También yo hice huelga, en el Teatro de la Ópera —dijo Sara Magdalena—, y recuerdo que sí nos lo subieron.

—Pues mi trabajo es ir al colegio —explicó Greta—. Por eso hoy he faltado a clase y me he manifestado sola, delante del Parlamento. He estado allí desde las ocho y media hasta las tres de la tarde. Y no lo he hecho solo por mí.

Olof y Sara Magdalena se miraron y asintieron. Estaban más que acostumbrados a las peroratas de su hija mayor. Si había un tema del que se hablaba más que de ningún otro en aquella casa, era precisamente el cambio climático.

—Sabes que estamos muy orgullosos de ti, Greta —dijo la madre—. Pero debías habernos avisado. Cuando nos han llamado del colegio, no sabíamos qué decirles.

—¿Y qué les habéis dicho?

—Les he contado la verdad —contestó el padre—, que no sabíamos dónde estabas. Que quizá habías ido a la Biblioteca Nacional, que está aquí al lado, para trabajar en un artículo sobre los incendios forestales.

—¡Pero eso no es verdad! —exclamó Greta.

—No, pero no quiero que piensen que nos desentendemos de tus cosas. Precisamente, es todo lo contrario. Mañana, cuando vayas al colegio, les cuentas lo que quieras.

Greta apretó los labios, como siempre hacía cuando se veía obligada a decir algo que no le gustaba del todo.

—Mañana no voy a ir —declaró—. Ni mañana, ni pasado mañana. No voy a volver a clase hasta después de las elecciones.

—¿Después de las elecciones? —repitió la madre, aunque estaba segura de haber entendido bien.

—Sí. Ya hemos hablado de eso muchas veces. Los políticos son quienes más poder tienen. De ellos depende que se cumpla el Acuerdo de París de 2015, y que se sigan los consejos de los científicos. Lo sabéis tan bien como yo. Hay que mantener el aumento de la temperatura por debajo de los 2 °C, o, al menos, por debajo de 1,5 °C. Todos los políticos deberían estar hablando de eso, y de por qué este verano es el más caluroso de la historia y tenemos tantos incendios forestales. Pero no lo hacen, y por eso, yo voy a manifestarme en el Parlamento hasta el nueve de septiembre.

—El nueve es el día de las elecciones —le interrumpió el padre—. Tendrás que dejarlo antes.

—Pues lo dejaré el siete, que es viernes —asintió Greta—. Los ciudadanos han de preguntarse qué van a hacer los políticos de cada partido en relación con el cambio climático, y si realmente merecen su confianza. Se nos acaba el tiempo, y ya no es cuestión de...

—Greta —la interrumpió Tilda, alzando la mano—, ya sabemos que eres una activista, pero ¿de verdad tienes que ensayar tus discursos con nosotros?

Greta volvió a apretar los labios e infló los carrillos. Siempre se tomaba su tiempo, y nadie la había visto nunca actuar de manera

precipitada o enfadarse de verdad. Pero también era cierto que nadie la había visto inflar tanto los carrillos. Y sus gélidos ojos azules tampoco habían emitido nunca un fulgor tan intenso. Tilda descruzó las piernas y retrocedió un poco.

¿Habría pasado de ser Greta la Pacífica a ser Greta la Despiadada? ¿O, mejor, Greta la Terrible, como aquel zar ruso apodado Iván el Terrible? ¿Se habría vuelto peligrosa, por efecto del cambio climático?

Poco a poco, Greta entornó los ojos, y sus labios se distendieron en una levísima sonrisa.

—Tenéis razón —dijo—. A veces, me olvido de que sois mi familia.

Y tanto sus padres como su hermana se echaron a reír, aliviados.

Luego se pusieron a negociar. Acordaron que Greta haría en principio solo una semana de huelga, y que únicamente la mantendría hasta las elecciones si era un éxito. De lo contrario, volvería al colegio y se pondría a estudiar en serio, para recuperar el tiempo perdido.

Esa noche, ya en su habitación, Greta miró por la ventana hacia el parque de Humlegården, iluminado por la luna, y vio un zorro que salía de entre la penumbra de los matorrales y la observaba directamente, con descaro, como si se preguntara qué hacía ella allí, en aquel recuadro de luz, y si tendría alguna influencia en su vida.